

PHILIPPE NEMO

LAS DOS REPÚBLICAS FRANCESAS

Si el pueblo francés siente afinidad por la «República» no es, en su mayoría, por la República jacobina, por la que casi nunca ha estado gobernado. La República con la que se identifican los franceses es el régimen moderado al que se acostumbraron con la Tercera y la Cuarta y la Quinta Repúblicas (como mínimo hasta 1981), regímenes que respetaban el sufragio universal y las libertades individuales, es decir, regímenes de democracia liberal. Ésa es la verdadera historia de la República en Francia.

La noción francesa de «República» es fundamentalmente ambigua. Por una parte, designa una fórmula constitucional clásica: un régimen democrático liberal similar al de otras grandes naciones occidentales, ya sea la república americana o suiza o las monarquías constitucionales española, inglesa, belga, holandesa o escandinavas. Por otra, designa, más allá de la forma constitucional, un proyecto de sociedad esencial; un modelo estatal-socialista que se diferencia considerablemente de las democracias liberales, que es incluso opuesto a ellas. Ese es el sentido que dan en Francia al término «República» tanto los gaullistas como los social-comunistas.

A partir de 1981, la propaganda de izquierdas de los medios de comunicación franceses ha privilegiado sistemáticamente el segundo sentido. Se ha sugerido que la República francesa siempre había sido –o al menos había querido ser– una «democracia social» en las antípodas de los regímenes de los Estados Unidos o de Inglaterra, estigmatizados como «ultra-liberales». Al aumentar sin tregua los impues-

Philippe Nemo es Profesor de la Escuela Superior de Comercio de París (ESCP-EAP), Director Científico del Centro de Investigación de Filosofía de la Economía.

Cuadernos de pensamiento político

tos obligatorios y el peso de la función pública, al subordinar cada vez más las iniciativas individuales, ya sean económicas, sociales o intelectuales, al despotismo de una Administración tentacular –hasta el punto de que Francia parece hoy en día el país más «comunista» del mundo occidental–, los socialistas franceses daban a entender que no innovaban, sino que se inscribían en la tradición republicana francesa más antigua y auténtica.

La cuestión reside en averiguar si el estatismo francés de estas últimas décadas se corresponde efectivamente con antiguos atavismos –el absolutismo, la centralización administrativa– con lo que nos podríamos remontar a Napoleón, a los Jacobinos, a Luis XIV y, por qué no, a Philippe le Bel. En este caso sería inútil intentar corregir esta cultura nacional multiseular. O se trata más bien de un fenómeno reciente, accidental y superficial y, por lo tanto, perfectamente reversible, del que se ha realizado un diagnóstico inexacto con el que queremos romper. El objetivo del presente artículo es saber cuál de estas dos hipótesis es la más correcta basándonos en un análisis histórico profundo.

I. EL «COMETIDO ORIGINAL» DE LA REPÚBLICA EN FRANCIA

Es cierto que el origen de la República francesa no es en absoluto liberal. No es el fruto de la Revolución de 1789, sino de un accidente que ocurrió durante el transcurso de la misma. La Revolución francesa, expresión de las ideas del Siglo de las Luces, data de 1789. La República data del 20 de septiembre de 1792 y toma su forma definitiva con la expulsión de los Girondinos el 2 de junio de 1793. Es decir, tiene su origen en la revuelta del 10 de agosto y las masacres de septiembre, y se identifica con el «Régimen del Terror». Por lo tanto, podemos decir que la Primera República francesa, lejos de prolongar y finalizar la obra constitucional y legislativa de los hombres del 89, acaba de forma contundente con esta obra. Es cierto que la Primera República sobrevivió unos cuantos años con Termidor, el Directorio y el Consulado, pero estos regímenes de transición apenas han dejado huella en la memoria colectiva. De modo que para muchos franceses, durante un siglo como mínimo, el concepto de «República» seguirá relacionado con el régimen de la violencia, de la arbitrarie-

Cuadernos de pensamiento político

dad y de la expoliación, así como con persecuciones antirreligiosas sin parangón en otros países europeos.

Debido a esta desagradable singularidad, los demócratas liberales franceses siempre tendrán dificultades para indentificarse con la República. Ese fue el drama de Léon Gambetta y de Jules Ferry, por ejemplo¹. Cuando, en los años 1870-1879, quisieron fundar, para sustituir al Segundo Imperio caído en Sedán, una República coherente con los principios demócratas liberales y que fuera más o menos similar a la República americana (que tomaron como referencia), constataron que tenían enfrente tanto a la derecha monárquica como a la izquierda socialista. Sin embargo, si la derecha monárquica no ponía en tela de juicio, y con razón, ni el nombre ni los símbolos de la República, la izquierda radical y socialista hacía suya la tradición republicana jacobina. De modo que, en Francia, liberales y socialistas han sido rivales desde el principio en reivindicar la noción y el término de «República». Unos y otros invocaban una legitimidad revolucionaria. Para unos era la del 89 y para los otros la del 93; un malentendido duradero, porque, al fin y al cabo, todavía no se ha resuelto en 2004!

Hay una cosa clara: si el pueblo francés siente afinidad por la «República» no es, en su mayoría, por la República jacobina, por la que jamás ha estado gobernado (con la excepción de los regímenes enormemente efímeros del Terror de 1793-1794, de la Comuna de París en 1871, los primeros meses del Frente Popular en 1936, los primeros meses de la Liberación gaullo-comunista en 1944 y los tres primeros años de la Unión de la izquierda en 1981, regímenes que han dejado a los franceses recuerdos vergonzantes, desde distintos puntos de vista).

La República con la que se identifican los franceses es el régimen moderado al que se acostumbraron con la Tercera, la Cuarta y la Quinta Repúblicas (como mínimo hasta 1981), regímenes que respetaban el sufragio universal y las libertades individuales, es decir, regímenes de *democracia liberal*. Lo demostraremos repasando la verdadera historia de la República en Francia.

¹ Ver el artículo de Odile Rudelle en un libro al que nos referiremos más de una vez, BERSTEIN y RUDELLE, 1992, 91 sq.

Cuadernos de pensamiento político

II. LA CONSTITUCIÓN DE 1875, OBRA DE LOS ORLEANISTAS

La República se instauró definitivamente por las leyes constitucionales de 1875. Sin embargo, hay que señalar que estas leyes las elaboraron principalmente *orleanistas* partidarios de una democracia liberal similar a las que existían en Inglaterra y Estados Unidos². Los republicanos llamados «oportunistas» las aceptaron de mala gana y otros republicanos fieles a la tradición jacobina las rechazaron durante mucho tiempo.

La Constitución de 1875

Recordemos que los orleanistas gobiernan de facto el país después del Imperio liberal, es decir, después del mandato de Émile Ollivier de 1867. Tras el 4 de septiembre de 1870, sigue en el poder un orleanista, Adolphe Thiers, antiguo primer ministro de Luis Felipe. Pero no tarda en quedarse solo, ya que el republicano Léon Gambetta es eliminado tras las elecciones del 8 de febrero de 1871. Tras la caída de Thiers en 1873, se elige al mariscal Mac Mahon Presidente de la República. Confía el gobierno al duque Albert de Broglie, hijo del duque Victor de Broglie, Primer Ministro de Luis Felipe en 1835-36³. Es cierto que este gobierno también cae el 16 de mayo de 1874 a causa de una conjura de extremistas formada por legitimistas, bonapartistas y republicanos. Sin embargo, el gobierno que se forma entonces, dirigido por el general de Cissey, sigue estando dominado por los orleanistas, los duques de Broglie, Audiffret-Pasquier y Decazes, y se sostiene gracias a un grupo parlamentario cuyos líderes son Léonce de Lavergne, un economista liberal, y Édouard Laboulaye, el célebre teórico del libe-

² Los «orleanistas» eran los adeptos de la Monarquía de Julio, y para ellos el rey era Luis Felipe de Orleans. Este «rey burgués» expulsa al rey tradicionalista Carlos X y está a favor de la economía de mercado y del parlamentarismo, y por lo tanto el orleanismo se erige como una de las grandes tradiciones liberales francesas. Recordemos que las tradiciones liberales anteriores son el movimiento de la Ilustración, los Fisiócratas y la escuela de Turgot, que se prolongan hasta las épocas revolucionaria y napoleónica, con el grupo de los «Ideólogos» y con la «escuela de Coppet» (Benjamin Constant, Mme. de Staël). Los hombres de la tradición orleanista estarán presentes en la clase dirigente de la Segunda República, y, después, en el Segundo Imperio liberal, al igual que a principios y a lo largo de la Tercera República, como veremos. En la Cuarta y la Quinta Repúblicas, todavía tendrán sucesores (que quizás ya habían olvidado sus orígenes) entre los elementos liberales de la derecha parlamentaria.

³ También hay ministros legitimistas, es decir, partidarios del conde de Chambord, nieto de Carlos X, pero son minoría.

Cuadernos de pensamiento político

ralismo constitucional⁴. *Por lo tanto, es este grupo de mentes privilegiadas el que va a elaborar la Constitución republicana de 1875*⁵.

No se trata exactamente de una Constitución, sino de un conjunto de tres «leyes constitucionales» (ley sobre el Senado del 24 de febrero de 1875, ley sobre la organización de los poderes públicos del 25 de febrero y ley sobre las relaciones de los poderes públicos del 16 de julio). Las tres leyes fueron aprobadas gracias a la unión de los orleanistas, los republicanos y el «centro izquierda» de Thiers.

Se trató de un compromiso. En realidad, Gambetta convenció a los republicanos para que aceptaran el diseño orleanista. Y resulta evidente si examinamos una a una las instituciones más importantes que se fundaron. En esencia, se trata de instituciones democrático-liberales que pueden inscribirse en el marco de un régimen republicano como el de los EE.UU. o de un régimen de monarquía parlamentaria como el de Inglaterra, pero que no se corresponden en absoluto con las instituciones de la Primera República jacobina⁶.

- *La presidencia de la república* es contraria a las tradiciones jacobinas, que siempre han querido un ejecutivo colegiado. El Presidente de la nueva Tercera República, al igual que el monarca

⁴ Édouard Laboulaye (1811-1883), jurista, catedrático del Collège de France y miembro del Instituto, es el editor de las obras de Benjamin Constant y el principal especialista francés en derecho constitucional americano. Participó en el «tripartito» de Émile Ollivier bajo el Segundo Imperio. Sus obras (*Histoire de la propriété foncière*, 1837; *Recherches sur la condition civile et politique des femmes*, 1843; *Essai sur les lois criminelles des Romains*, 1845; *Paris en Amérique*, 1863; *Histoire politique des Etats-Unis*, 1863; *Le parti libéral, son programme et son avenir*, 1863; *L'État et ses limites*, 1863; *La liberté antique et la liberté moderne*, 1863; *Questions constitutionnelles*, 1872) contienen la exposición doctrinal y la justificación detallada de las instituciones que va a ayudar a instaurar en 1875. La naturaleza anti-jacobina, liberal y defensora de la economía de mercado de estas instituciones se presenta sin ambigüedades.

⁵ Sabemos que la Cámara de los diputados, compuesta en su mayoría por monárquicos, quería restaurar la monarquía. Pero los monárquicos estaban divididos entre legitimistas y orleanistas. Unos y otros estaban acechados por una fuerte minoría republicana, así como por un puñado de bonapartistas, que se aprovechaban de sus divisiones. En este contexto se aprobó el 30 de enero de 1875, por mayoría (353 contra 352), la famosa «enmienda Wallon», que permite instaurar un marco constitucional republicano que iba a resultar definitivo: «El Senado y la Cámara de los diputados reunidos en Asamblea nacional eligen al Presidente de la República por mayoría absoluta. Su mandato dura siete años; es reelegible». El personaje de Wallon, hoy en día menos conocido que su enmienda, merece que lo ubiquemos ideológicamente. Henri-Alexandre Wallon (1812-1904) fue catedrático de historia en la Sorbona. Era un católico moderado, autor de libros y títulos significativos: *L'Esclavage dans les colonies*, 1847; *La Terreur*, 1873; *Du monothéisme chez les races sémitiques*, 1875; *Saint-Louis et son temps*, 1875; *Histoire du Tribunal révolutionnaire de Paris*, 1880-1882. Fue diputado de la Asamblea legislativa de 1849 a 1850. Será ministro de Instrucción Pública y Cultos de 1875 a 1876. Junto con Laboulaye, conseguirá que se adopte la ley sobre la libertad de la enseñanza superior en 1875. Como vemos, el fundador de la República no era precisamente un jacobino revolucionario.

⁶ Para lo que viene a continuación, me inspiro en MAYEUR, 1973, 33 sq.

Cuadernos de pensamiento político

constitucional ensalzado por Benjamin Constant, está exento de responsabilidad, elegido por un largo periodo, tiene derecho de gracia, es el jefe del ejército, concluye los tratados, tiene la iniciativa legislativa y puede disolver la Cámara, cuyas sesiones puede prolongar o interrumpir (si no se trata de una sesión legal de cinco meses). Nombra a los ministros.

- El *Senado* se encarga de servir de contrapeso a la Cámara de los diputados, que recuerda demasiado a la pesadilla de las asambleas revolucionarias⁷. Su composición tiene por objetivo representar a una Francia tradicional estable: un tercio se renueva cada tres años; una cuarta parte de los senadores es inamovible. Los senadores deben tener 40 años como mínimo; el sistema electoral es indirecto e implica en particular a notables rurales, «bastión de las ideas conservadoras» (Serge Berstein).
- El Presidente de la República no puede firmar solo las leyes, hace falta la firma de un ministro. Por lo tanto, existe una *responsabilidad colegiada del gobierno* ante las cámaras. Es el parlamentarismo tal y como se practica en Inglaterra y hacia el que se encamina Francia entre principios de la Restauración y finales de la Monarquía de Julio, para retomarlo bajo el Imperio liberal. Evidentemente, nos encontramos en las antípodas de la «dictadura de salvación pública» de los Jacobinos.
- El principio del *derecho de disolución* marca la diferencia con un régimen asambleario (nadie había tenido semejante poder constitucional bajo la Primera República).
- Un detalle poco conocido pero muy importante: el artículo 4 de la ley del 25 de febrero especifica que es el Presidente el que nombra a los consejeros de Estado, mientras que una ley de 1872 (aprobada contra la voluntad de Thiers) establecía que el nombramiento debía votarse en la Asamblea. Por lo tanto, «el nuevo régimen no modificaba la administración ni sus tradiciones, ni su jurisprudencia... la República parlamentaria conservaba el poder de la administración» (Mayeur, 1973, 35) es decir,

⁷ Además, no se habla de una «Asamblea nacional», término que evoca demasiados malos recuerdos, sino de «Cámara de los diputados». Y el Senado republicano recupera con toda naturalidad el lugar de las «cámaras altas» («Cámaras de Pares») que habían existido en todas las monarquías constitucionales francesas, en la Restauración y en la Monarquía de Julio.

Cuadernos de pensamiento político

una cierta *neutralidad*, una *despolitización* del aparato del Estado, totalmente contraria a la tradición jacobina y revolucionaria, como lo será en los regímenes totalitarios dominados por un Partido⁸.

- También está la cuestión del *sistema de escrutinio*. Los republicanos aspiran al escrutinio de lista (el que se había establecido en 1848 y que había abolido el Imperio⁹). Los «conservadores» prefieren el escrutinio uninominal, que favorece a los notables. Se eligió este último escrutinio.

Por lo tanto, la Constitución de 1875 es, como vemos, *una fórmula esencialmente orleanista*. Es una continuación de lo que se fue construyendo poco a poco desde 1815 bajo los sucesivos regímenes moderados (con la excepción de principios del Segundo Imperio) y dota a Francia de un régimen muy similar al de Inglaterra y los Estados Unidos.

«En esencia, las leyes constitucionales... no sólo incorporan las prácticas que nacieron bajo Thiers y Mac Mahon, sino el bagaje constitucional del liberalismo, 'el derecho común de los pueblos libres', según el ponente Laboulaye». (Mayeur, 1973, 34).

En efecto, si por «constitución» entendemos las reglas que rigen el funcionamiento de los poderes en el seno del Estado y las que fijan los vínculos de estos con la sociedad civil, la Constitución de 1875 no sólo es democrática, sino también liberal. El Estado no ostenta el po-

⁸ Pensemos en las imprecaciones que lanza Lenin en *El Estado y la revolución* contra las Administraciones demasiado independientes del poder del Partido y que, por consiguiente, hay que destruir cuando la revolución proletaria se hace con el poder. Cita a Marx y Engels, quienes precisamente han alabado la Comuna de París por suprimir la autonomía de la Administración. En efecto, bajo la Comuna, la asamblea revolucionaria podía criticar y destituir a los funcionarios en cualquier momento. Está claro que la Francia moderna iba en dirección opuesta. El Consejo de Estado, al que en sus orígenes Napoleón I dotó del poder de anular los actos de la Administración con el fin de forzarla a obedecer la voluntad del ejecutivo, iba a dar un giro a su jurisprudencia y a utilizar su poder de censura para defender las libertades de los funcionarios o de los ciudadanos privados contra la arbitrariedad del poder político. Más tarde, los socialistas y los comunistas sabrán dar la vuelta a estas disposiciones liberales en su propio beneficio, convirtiendo al funcionario en intocable y a la función pública sindicada en un «Estado dentro del Estado» que escapa a todo control democrático. Mientras tanto, no soportan la idea de que un gobierno «popular» no pueda nombrar o revocar a su voluntad a todos los funcionarios y que el derecho administrativo los proteja frente a la voluntad arbitraria de una eventual asamblea revolucionaria similar a las que existieron bajo la Primera República y bajo la Comuna.

⁹ Favorece a las minorías activas: por lo tanto, la extrema-izquierda lo prefiere.

Cuadernos de pensamiento político

der de violar la propiedad ni el resto de las libertades individuales. Es un Estado limitado. Sus promotores asumen que la sociedad civil se basta por sí misma. No tienen en cuenta lo que los socialistas franceses pretendían que fuera la «República» después de 1981, una especie de «casa común», una gran familia o un poder tutelar que se hace cargo de la vida de los ciudadanos, a los que trataría como menores de edad. Además, la Tercera República aumentará aún más las libertades de la sociedad civil frente al Estado, por ejemplo, a través de la ley de 1881 sobre la prensa o de la de 1901 sobre las asociaciones.

La concentración de los republicanos

Es en esta forma de Estado limitado en la que se concentran los republicanos moderados, es decir, el grupo de parlamentarios liderados por Gambetta y Ferry. Después de haber aprobado la enmienda Wallon, aprueban junto con los orleanistas las tres leyes constitucionales. Sólo los republicanos «intransigentes» rechazan con indignación esta fórmula que traiciona tan obviamente el jacobinismo y todas las tradiciones antiliberales de la Primera República.

Después de aprobar las leyes constitucionales, Mac Mahon sigue gobernando con los orleanistas. Recurre a hombres como Buffet, Dufaure, Léon Say o Agénor Bardoux, miembros de esas «dinastías burguesas» que, de régimen en régimen, se mantienen en el poder desde principios del siglo XIX. En ese sentido, la nueva República será una república primordialmente «burguesa», es decir, liberal¹⁰.

¹⁰ Es la conocida tesis de Emmanuel Beau de Loménie (1954). La demostración se torna aún más convincente, ya que el autor maldice el capitalismo y la democracia liberal. Constata con rabia que desde principios del siglo XIX hasta la Cuarta República, son siempre los burgueses y los demócratas liberales los que gobiernan el país, a pesar de las guerras, las revoluciones y los cambios de régimen. Estos cambios no son más que una fachada. Según el autor, el problema se remonta mucho más atrás, al Directorio. Incluso el poder de Bonaparte cónsul o emperador no ha sido más que una apariencia, son los antepasados de las dinastías burguesas los que, ya desde entonces, han ostentado el verdadero poder económico y social. Sus descendientes están sólidamente asentados en la Tercera y la Cuarta Repúblicas, lo que lamenta Beau de Loménie, pero nos muestra claramente que esas repúblicas no han sido ni socialistas ni estatistas. Ejemplos de estos «burgueses» cuya carrera demuestra la cuasi-continuidad ideológica que existió entre la Monarquía de Julio, la Segunda República, el Imperio Liberal y la Tercera República: *Jules Armand Stanislas Dufaure* (1798-1881), abogado, fue diputado liberal (1834), ministro de Obras Públicas bajo la Monarquía de Julio, en el gabinete Soult (1839-1840). Miembro de la Asamblea constituyente en 1848, es ministro de Interior con Cavaignac (octubre-diciembre 1848) y posteriormente, es reelegido por la Asamblea legislativa. Se retira de la vida política bajo el Imperio. Es ministro varias veces (de Justicia) o presidente del Consejo con Thiers y Mac Mahon; *Léon Say* (1826-1896) es descendiente de una ya extensa

Cuadernos de pensamiento político

El 16 de mayo de 1877

La situación política no tardará en volverse favorable para los republicanos. En efecto, las querellas religiosas se recrudecen. Mientras que los republicanos son anticlericales, los obispos quieren, en contra del *Risorgimento* italiano, restablecer el poder temporal del Papa. Jules Simon, republicano moderado que se ha convertido en presidente del Consejo, concede a los republicanos algunas medidas anticlericales, lo que provoca que Mac Mahon lo expulse. La Cámara se disuelve. Es lo que llamamos el «golpe de Estado» del 16 de mayo. Se convocan elecciones legislativas inmediatamente.

Y las gana el grupo de republicanos liderados por Gambetta. Pero resulta interesante ver los argumentos que ese partido ha esgrimido ante los electores. Los republicanos se presentaron ante la opinión pública como los «verdaderos conservadores». Adujeron que Mac Mahon, defensor del poder temporal del Papa, llevaría a Francia a la guerra con Italia, esperando que se produjera con Alemania. Por el contrario, se presentaron como los garantes de la paz y, por lo tanto, de la buena marcha y de la prosperidad de la economía. Retoman y hacen suya la famosa frase de Thiers: «La República será conservadora o no será».

Aspiraban a ser reconocidos como moderados, defensores del desarrollo económico en las estructuras liberales que ya existían, y se cuidaron muy bien de invocar el jacobinismo revolucionario, intervencionista en el ámbito doméstico y además promotor de guerras en el exterior.

De hecho, el nuevo gobierno que se forma después de las elecciones incluye a los mismos dirigentes orleanistas, Dufaure, Léon Say, Agénor Bardoux, Jean Casimir-Périer (otro heredero de una «dinastía burguesa»).

Por lo tanto, el 16 de mayo tendrá una consecuencia importante, duradera y para muchos lamentable, que provocará la caída en desuso del derecho de disolución de la Cámara por parte del Presidente de la

«dinastía burguesa». Es nieto del gran economista liberal *Jean-Baptiste Say*, sucesor intelectual de Turgot, uno de los líderes del grupo de los «Ideólogos» en la Revolución, padre del «industrialismo». El hijo de Jean-Baptiste, *Horace Émile Say* (1794-1860), economista como su padre, fue presidente de la Cámara de Comercio de París, fundador del *Journal des Économistes* («Biblia» de los liberales de la época) y del *Journal du Commerce*. Léon Say también será un economista liberal, pero será conocido principalmente por su carrera política: prefecto de la Seine en 1871, ministro de Economía de 1872-1873 y de 1875-1879.

Cuadernos de pensamiento político

República. De ahora en adelante, cuando un Presidente quiera ejercer ese derecho, pasará por ser un nostálgico del 16 de mayo, es decir, del autoritarismo, del cesarismo, del poder personal y del clericalismo. Ningún Presidente volverá a arriesgarse a ejercerlo. Esta desaparición del derecho de disolución hará de la Tercera República, –y la Cuarta será idéntica en ese sentido–, un régimen exclusivamente parlamentario y por ende, especialmente frágil¹¹.

La llegada al poder de los «oportunistas»

A lo largo de distintas elecciones parciales, los republicanos siguen avanzando hasta cosechar una victoria aplastante en las elecciones al Senado de enero de 1879. Tendrán la mayoría en las dos cámaras y podrán ejercer el poder en solitario. Pero serán los mismos republicanos que ganaron las elecciones después del 16 de mayo, es decir, los «conservadores».

Jules Grévy es elegido Presidente de la República por el congreso reunido en Versalles. Asimismo, se llevan a cabo gestos simbólicos: la *Marsellesa* se declara himno nacional, el 14 de julio fiesta nacional y se concede la amnistía a los comuneros. Pero, aparte de esos actos simbólicos, nada cambia en la estructura orleanista del régimen. Francia se ha instalado por mucho tiempo en la democracia liberal. Lo que toma forma en las nuevas instituciones republicanas es la filosofía li-

¹¹ Debido al 16 de mayo, cada vez que durante la Tercera o Cuarta Repúblicas se perfila un hombre fuerte que intenta superar la división de los partidos y dotar de una cierta eficacia a la maquinaria gubernamental, se le acusa de tirano y de pretender destruir la República. Por lo tanto, la mejor opción es elegir como Presidente de la República a meros comparsas o, cuanto menos, a «diplomáticos» (Jules Grévy, Sadi Carnot, Félix Faure, Émile Loubet, Armand Fallières...). Cuando un presidente quiera escapar de este papel secundario, será fulminado y obligado a dimitir. Casimir-Périer dimitirá al cabo de seis meses. Raymond Poincaré, al que Clémenceau decidió no dejar ningún margen de actuación, tuvo que abandonar el Eliseo y volver a ocupar el cargo de Presidente del Consejo para recuperar su influencia política. Alexandre Millerand también tuvo que dimitir después de la elección del Bloque de izquierdas en 1924. Sin embargo, desde el 16 de mayo, Jules Ferry fue consciente del problema que sufriría la República de forma recurrente. Había declarado que la República sólo podría triunfar si se dotaba de un ejecutivo fuerte. Se realizaron varios intentos en ese sentido, entre los que destaca el de Gaston Doumergue después de las insurrecciones de febrero de 1934, pero ninguna llegó a buen puerto. Este problema envenena la vida política del país. Aunque es cierto que los gobiernos puramente parlamentarios son frágiles en esencia (pueden ser eliminados en cualquier momento por la asamblea, mientras que ésta, aunque no refleje la opinión pública, disfruta de impunidad) y que esa fragilidad constituye un argumento de peso a favor de una revisión de la Constitución *en ese punto*, algunos iban a aprovecharse para reclamar una revisión *íntegra* de la Constitución. Aducirán de forma abusiva la inestabilidad de los gobiernos para favorecer la supresión de la democracia liberal instaurada en 1875 y establecer una Constitución de inspiración jacobina, cesarista o popular. Como veremos, será el caso de De Gaulle en 1958.

Cuadernos de pensamiento político

beral que estaba fraguándose en la evolución intelectual a lo largo de los tiempos modernos; especialmente en la época de la Ilustración y después por los antijacobinos de la Revolución, y en el siglo XIX por hombres como Jean-Baptiste Say, Benjamin Constant, Frédéric Bastiat o incluso, más recientemente, Anatole Prévost-Paradol o Édouard Laboulaye, críticos decididos de los primeros socialistas. Con la Tercera República en ciernes, 1789 triunfa, durante mucho tiempo, sobre 1793.

III. LA «TRADICIÓN REPUBLICANA» (1880-1930)

De 1875 a 1900 vamos a ser testigos de cómo los últimos republicanos reticentes apoyan estas instituciones y, por ende, sus valores democráticos liberales. ¿Por qué motivos?

En primer lugar, en los primeros años, se realizaron algunas enmiendas a la Constitución de Laboulaye que eliminaron sus últimos aspectos «monárquicos». Ahora, los gobiernos los dirige un Presidente del Consejo, magistratura que no estaba prevista en las leyes constitucionales, pero que se incorpora *de facto* a las instituciones republicanas. Se trata de un personaje poderoso pero no menos efímero en esencia, ya que no dispone de ninguna vía constitucional para erigirse en autócrata¹². Además, la revisión constitucional de 1884 acaba con los senadores inamovibles y modifica la composición del Senado en una dirección más democrática. Por último, se realizan varios cambios en el sistema de escrutinio. Estas limpiezas de la Constitución no ponen en tela de juicio la lógica demócrata liberal del régimen, sino al contrario.

Por otro lado, una serie de acontecimientos dramáticos que tuvieron lugar en la Tercera República provocaron o reforzaron el apoyo de los republicanos a las instituciones existentes¹³.

¹² Quizás habría sido mejor que la República hubiera adoptado inmediatamente un régimen presidencialista a la americana, que concilia mejor (sin lograrlo del todo tampoco) las dos exigencias de tener un ejecutivo estable que pueda gestionar eficazmente las políticas a medio y largo plazo y un poder legislativo independiente, que establezca un marco de reglas al que debe ceñirse el poder ejecutivo. De este modo, el Estado americano está dirigido por una mano firme con facultades propias e indiscutibles (ideal «monárquico»), pero al mismo tiempo no puede ampliar abusivamente su poder a la sociedad civil (ideal «demócrata liberal»).

¹³ Me baso en los artículos de Michel Winock y de Serge Berstein en *Bernstein y Rudelle*, 1992, 142-143 y 149-153.

Cuadernos de pensamiento político

La crisis boulangista de 1889

El general Boulanger quería «revisar» la Constitución de 1875 (de hecho, rechaza totalmente el modelo demócrata liberal y parlamentario; y sobre esta base reúne para preparar su golpe de Estado a la derecha tradicionalista y, en el otro extremo, a los radicales y a los socialistas). Pero no tardó en descubrirse que Boulanger era un general autoritario cuyo objetivo prioritario era establecer un poder personal. Por eso, a ojos de los republicanos, la consigna «revisar» se identifica inmediatamente con «cesarismo». Es un programa que reaviva los fantasmas de los dos Napoleones. Por lo tanto, toda reivindicación de «revisión» de la Constitución se convierte en un acto sospechoso. Para los defensores del régimen, la salvación de la República reside por el contrario en conservar tal cual las instituciones de 1875, que a partir de ese momento pasan a denominarse «instituciones republicanas», y por encima de todo la preponderancia de la Cámara de los diputados.

El caso Dreyfus

El caso Dreyfus también contribuyó a desacreditar cualquier consigna de «revisión». En efecto, desde el momento en que el bloque de derechas ataca en la práctica y en la teoría a la «república judeo-masónica», oponerse a la tradición republicana y, especialmente al parlamentarismo, puede parecer un apoyo a las ideas de la derecha antidreyfusiana. Al no poder asumir semejante acusación, los radicales se sintieron fuertemente proclives a apoyar, a su vez, la Tercera República, por muy «burguesa» y liberal que fuera¹⁴.

La Primera guerra mundial

Para sorpresa general, la República sabe hacer la guerra y ganarla. Ni el Presidente de la República Poincaré, ni los presidentes sucesivos del consejo Viviani, Briand, Ribot, Painlevé y finalmente el «tigre»

¹⁴ No lo hicieron todos y, por eso, muchos se pasaron bien a la extrema izquierda, bien a la extrema derecha; volveremos a hablar de estos irreductibles.

Cuadernos de pensamiento político

Clémenceau, tuvieron necesidad, para hacer la guerra, de tocar la Constitución, que demostró su solidez¹⁵. El Parlamento vigiló y debatió durante toda la duración de la guerra. Se lleva a cabo la «unión sagrada» de las fuerzas políticas, que refuerza el régimen tal y como es. Incluso Maurras se quita el sombrero ante la eficacia gubernamental de los que, en teoría, siguen siendo sus adversarios. La victoria de Francia en 1918 tiende a enraizar aún más el régimen republicano en el país.

La revolución bolchevique

En ese mismo momento se produce un nuevo acontecimiento, la Revolución bolchevique, que apunta en la misma dirección. La existencia de un bastión totalitario de izquierdas incita de nuevo a los franceses a no apartarse de las instituciones moderadas de 1875. Este acontecimiento despierta en Francia la desconfianza hacia cualquier tipo de democracia directa. Los bolcheviques se parecen demasiado a los que cortaban cabezas en el régimen del Terror. Ante sus fórmulas dictatoriales, los franceses prefieren una «democracia gobernada». Los radicales que critican el parlamentarismo aduciendo que el pueblo se convertiría en un «soberano cautivo»¹⁶ carecen de apoyo. La experiencia rusa demuestra elocuentemente que seguir el camino del antiparlamentarismo no conducirá al triunfo, sino a la ruina de la República y de la propia soberanía del pueblo que pretenden defender. Los verdaderos republicanos deben renunciar, desde ese punto de vista, a sus proyectos de revisión constitucional.

Después de esta cadena de acontecimientos, se instaura definitivamente en Francia una «tradicón republicana». Tradición que se confunde con el sufragio universal, el régimen parlamentario y las libertades individuales fundamentales, incluidas las libertades socioeconómicas¹⁷.

¹⁵ Es cierto que, entre 1914 y 1918, los gobiernos instauraron la censura de la prensa y confirieron ciertos poderes discretos a los militares, en especial en materia judicial. Sin embargo, la opinión pública entendió que se trataba de medidas excepcionales, justificadas por el estado de guerra, y no una violación del espíritu del régimen.

¹⁶ Expresión que emplea más tarde Michel Tardieu en su obra del mismo título.

¹⁷ Para ilustrarlo, añadamos algunas observaciones sobre los aspectos socioeconómicos de esta «tradicón republicana». El programa económico de la República es, en esencia, el de las democracias liberales: respeto de la propiedad y de los contratos, libertad de trabajo, libertad de empresa, impuestos moderados.



Cuadernos de pensamiento político

La situación del republicanismo hacia 1930

Los republicanos, y una gran mayoría de franceses con ellos, se han dejado seducir y convencer por esta fórmula. No sólo parece que el país ha roto con el reino de la arbitrariedad, ya sea monárquica, cesarista o «roja», sino que también hay cada vez más paz, orden, progreso y prosperidad. Así se explica que una tras otra, las facciones radicales del partido republicano apoyen al régimen y entren a formar parte del gobierno. En 1901, los radicales «derrocadores» de Jules Ferry en 1885 crean el «partido republicano radical y radical-socialis-

La vida socioeconómica está enmarcada por un derecho civil y mercantil que los tribunales se encargan de hacer respetar. Es cierto que existe un debate sobre la libertad del comercio exterior; la Tercera República es muy proteccionista. Pero eso no pone en tela de juicio lo que podría llamarse su liberalismo doméstico. A ese liberalismo económico, los republicanos incorporan disposiciones de orden social. Quieren que los individuos puedan progresar socialmente gracias a becas que se conceden a los buenos alumnos y estudiantes. Pretenden ampliar las bases sociales del Estado organizando la contratación de funcionarios mediante oposiciones abiertas a todos y anónimas. Sin embargo, estas medidas no tienen nada de socialistas, evidentemente. Se asientan sobre el ideal del trabajo y del mérito individual, así como sobre la igualdad estricta ante la ley. Los republicanos también pretenden mejorar el derecho del trabajo. Sin embargo, en este campo establecen las reglas (limitación de la jornada laboral, reglamentación o prohibición del trabajo de mujeres y niños, reglamentación de los accidentes laborales, etc.) que se adoptan en ese mismo momento en las democracias liberales similares (Inglaterra, Holanda, Estados Unidos...). Ese derecho del trabajo no cuestiona la propiedad ni la gestión privada de las empresas. Al contrario, los republicanos del gobierno se oponen sistemáticamente a las medidas expoliadoras propuestas por los socialistas. A principios del siglo XX, muchos de ellos todavía se oponen al impuesto sobre la renta. Y todos ellos al impuesto sobre el patrimonio. Los miembros de los partidos republicanos moderados, los Raymond Poincaré, los Michel Tardieu, los Étienne Flandin, representan estas tendencias, que también se corresponden con la filosofía subyacente del partido radical. Esa es una de las causas de las dificultades recurrentes con las que tropezará ese partido mientras mantenga su alianza con los socialistas, ya sea en el Parlamento o en el gobierno. En la época del Cartel de Izquierdas (1924-1926), ambos partidos apenas estaban de acuerdo sobre las medidas económicas y sociales. El Frente Popular también fracasará por la negativa de los radicales a acompañar a los socialistas y a los comunistas por la vía de las grandes «reformas estructurales», es decir, la comunización de la economía. Daladier llegará a interrumpir brutalmente estas reformas en 1938. En resumen, el régimen republicano reacciona especialmente bien a las aspiraciones de lo que en la época se llamaba las «clases medias», es decir, campesinos, artesanos, comerciantes, profesiones liberales, pequeños y medianos comerciantes, en general los autónomos (en 1930, el conjunto de esas categorías representa todavía la mitad de la población activa, aproximadamente), así como a las de una gran parte de los asalariados tanto del sector público como privado que cree en el mérito y el «ascenso individual». Hemos sostenido la tesis de que al estar estas «clases medias» destinadas a la extinción por la aparición de las economías modernas basadas en la gran empresa, la masa asalariada y el crecimiento del sector público, existiría una especie de fatalismo sociológico e histórico asociado a un retroceso de la ideología republicana tradicional. Las masas de la era industrial moderna concederían menos importancia a las libertades individuales, a la propiedad, a la iniciativa económica y se adherirían espontáneamente a las ideologías social-demócratas, a las medidas de «ascenso colectivo», etc. Esta tesis nos parece muy arbitraria. A partir de ese momento, las poblaciones activas de todos los países industriales modernos están constituidas en su mayoría por asalariados de grandes organizaciones; pero no por ello el socialismo triunfa en todos esos países ni la economía de mercado deja de tener partidarios. Si las actitudes que promueven la libertad, la iniciativa y la responsabilidad individuales son, desde hace dos o tres decenios, incomprensibles y denigradas en Francia por una parte de la opinión pública, no se debe a un determinismo sociológico abstracto, sino a motivos puramente ideológicos que vamos a intentar analizar a continuación.



Cuadernos de pensamiento político

ta» que, hasta 1940, será uno de los mejores defensores de las instituciones moderadas que crearon sus antiguos adversarios liberales, y terminará incluso encarnándolas. Algunos socialistas individuales que habían roto con el partido, como Briand o Millerand, siguen a los radicales por este camino.

Sin embargo, la República sigue teniendo adversarios. En 1930, son, en esencia, los mismos que en 1875.

Por un lado, una derecha tradicionalista, nostálgica de la sociedad feudal, clerical, agrícola y artesanal, que aspira a la restauración monárquica; desde la creación de la Acción Francesa en 1900 hasta Vichy y también después, se sentirá tentada por las fórmulas autoritarias.

Sin embargo, la República también tiene adversarios igual de decididos en la izquierda. No olvidemos que, a lo largo del proceso de creación de la República entre 1871 y 1879, los socialistas, compartiendo todavía la ideología de la Comuna, habían estado en la oposición revolucionaria violenta. Algunos de ellos habían participado, junto con los radicales y codo con codo con la extrema derecha, en la empresa con la que el general Boulanger había querido acabar con la República en los años 1885-1889. A continuación, el «deslizamiento hacia la derecha» de la clase política republicana les fue dejando, paulatinamente, nuevos espacios que ocupar en la extrema izquierda.

Así nacieron, o prosperaron, el partido comunista a partir de 1920, la extrema izquierda de la SFIO (Marceau Pivert), toda una variedad de grupos «izquierdistas» y de organizaciones sindicalistas revolucionarias que clamaron alto y fuerte su rechazo a las instituciones republicanas existentes. *Por lo tanto, una gran parte de la izquierda no era republicana*, un detalle que la historiografía «oficial» actual se guarda muy bien de recordar.

Y eso no es todo. Hay que entender que, a comienzos de los años 1930, la República también tiene adversarios entre las mismas personas que se proclaman ruidosamente sus defensores. Después del congreso de Tours de 1920, los socialistas de la SFIO rechazan contundentemente la dictadura del proletariado y la idea de la insurrección revolucionaria. Pretenden alcanzar el socialismo por la vía de las elecciones. Por lo tanto, apoyan las instituciones republicanas en

Cuadernos de pensamiento político

su vertiente política, es decir, el respeto de los mecanismos electorales y parlamentarios (y lo hacen con la misma vehemencia con que las atacan las ligas de extrema derecha). Eso les hace parecer solidarios con los demás partidos republicanos moderados y radicales que también defienden el parlamentarismo. Sin embargo, es obvio que son unos amigos muy extraños para la República, porque su objetivo no es perpetuar el régimen republicano tal y como es. Aunque rechazan los métodos bolcheviques de los comunistas, en realidad sus objetivos son los mismos que los de ellos, lo que afirma con fuerza Blum en su discurso en el congreso de Tours. Aspiran a la restauración de una economía dirigida y planificada en la que el Estado se adueñe de los medios de producción y en la que las fuerzas «populares» sean las únicas que organicen toda la vida social. Defienden la nacionalización de la mayor parte de la economía, de la banca, del crédito, de los seguros y de las industrias más importantes, según el programa marxista más clásico. Por lo tanto, los socialistas admiten en la República lo que podríamos llamar la parte visible del iceberg, es decir, los aspectos institucionales exteriores, pero no aceptan la parte sumergida, que es inseparable de la primera, es decir, la visión social liberal que encarnan las instituciones forjadas en 1875. En otros términos, aceptan la vertiente democrática de la democracia liberal, pero no la vertiente liberal. Para los socialistas, 1793 no elimina a 1789, pero la primera fecha prevalece sobre la segunda como el fin prevalece sobre los medios.

Entre «Charybde» de derechas y «Scylla» de izquierdas, la República intenta mantener el rumbo contra viento y marea. Resulta llamativo que en una época en que toda Europa se siente tentada por fórmulas totalitarias y regímenes de partido único, se consiga mantener la República, al menos hasta Vichy¹⁸.

¹⁸ Sabemos que los programas para derrocar las instituciones democráticas inspiradas por la extrema derecha de corte fascista y la extrema izquierda marxista en la década de 1930 no lograron triunfar en Francia, ni en la derecha fascista, durante la revuelta de las Ligas y, en especial, el 6 de febrero de 1934, ni en la izquierda, con el Frente Popular. El primer motivo de este sorprendente hecho es que en Francia, las fuerzas de extrema derecha y de extrema izquierda eran más o menos iguales, lo que impedía que una se impusiera a la otra. Por otro lado, la tradición del Estado de derecho ya estaba sólidamente implantada en la Francia de aquella época. Los métodos de insurrección «contundentes» que se utilizaron con éxito en otros países (Rusia, Italia, Alemania, España...) nunca recibieron en Francia el apoyo y la simpatía de las masas. Por el contrario, la sociedad civil apoyó en su mayoría a gobiernos legalistas, que reprimieron con energía dichos métodos tanto en 1934 como en 1936-1938.

IV. DE VICHY A LA QUINTA REPÚBLICA

De hecho, es la derrota de junio de 1940, el Armisticio, la Ocupación y la desastrosa situación general, en la que el pueblo soberano no podía expresarse, lo que propicia por fin la revisión constitucional soñada desde Boulanger y exigida cada vez con más fuerza por los extremistas de izquierda y de derecha a lo largo de los años 1930, así como acabar con el régimen «burgués», deshonorado y despreciado desde hace tanto tiempo por muchos franceses. Sabemos que esta ejecución tuvo lugar durante la votación del 10 de julio de 1940 en el Parlamento, que confiere plenos poderes al Mariscal Pétain.

¿Qué políticos prepararon y llevaron a cabo este golpe de Estado? Resulta sorprendente que entre ellos, los hombres de izquierdas sean casi tan numerosos como los de derechas. El hombre clave del 10 de julio es Pierre Laval, un antiguo diputado socialista. Los jefes más importantes de las organizaciones colaboracionistas de París son el antiguo responsable socialista, delfín de Léon Blum, Marcel Déat y el ex-dirigente de las Juventudes comunistas Jacques Doriot. Lo que une a estos hombres a los de Vichy, procedentes de la extrema derecha, es el desprecio que sienten por el liberalismo, el capitalismo y el parlamentarismo¹⁹.

Sin embargo, la «Revolución nacional», el poder paternalista y después policial y, sobre todo, la colaboración van a desacreditar enseguida al régimen de Vichy y, con él, la «revisión» que realizó de las instituciones republicanas. En consecuencia, aunque a comienzos de la Francia Libre y de la Resistencia existía una cuasi-unanimidad en la opinión pública en contra de la Tercera República, ese régimen «corrupto» que ponía de manifiesto la responsabilidad de la derrota, ese juicio va a evolucionar e incluso a dar un giro radical.

¹⁹ Estas idas y venidas entre la extrema derecha y la extrema izquierda, ambas enemigas de la democracia liberal, las ilustran muchos otros nombres del periodo de entreguerras y de periodos posteriores (ver las obras clásicas de Zeev Sternhell, *La droite révolutionnaire 1885-1914. Les origines françaises du fascisme*, Seuil, 1978; *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France* [1983], ed. Complexe, 1987). Mussolini fue el dirigente socialista italiano más importante antes de convertirse en líder del partido fascista. El programa del partido nazi es socialista. Henri de Man, secretario general del Partido socialista belga, se hará pro-nazi. También se produce lo contrario: Emmanuel d'Astier de la Vigerie, Claude Roy y muchos otros intelectuales y políticos franceses, pasarán de la extrema derecha a la extrema izquierda (recordemos a un tal François Mitterrand...). De esta fluida circulación de cargos y de electores entre la extrema derecha y la extrema izquierda se puede concluir que las «visiones del mundo» de ambos bandos no son tan diferentes como se dice. Ambos son enemigos de la «tradición republicana» que se ha descrito anteriormente.

Cuadernos de pensamiento político

La propia nostalgia que había surgido durante la Primera Guerra Mundial por la «Belle Époque» de 1900-1914, va a beneficiar a la República demócrata liberal de las décadas de 1920 y 1930. A medida que pasan los meses y se consolida el cuasifascismo de Vichy, la Tercera República aparecerá retrospectivamente como un régimen no tan detestable: ¿no se habían respetado las libertades civiles y políticas?, ¿se vivía tan mal?

De repente, en 1946 y contra todo pronóstico, se restaurará prácticamente el mismo régimen republicano tradicional. De Gaulle no podrá imponer su versión de la «revisión», es decir, la instauración del régimen presidencial que describió en su famoso discurso de Bayeux del 16 junio de 1946. Los social-comunistas tampoco podrán imponer su proyecto de constitución revolucionaria, prácticamente calcada de la Comuna de París, que daba preferencia a una asamblea única y suprimía la separación de los poderes, columna vertebral de toda democracia liberal. Habrá que elegir a una segunda Asamblea constituyente para conseguir por fin la Constitución de la Cuarta República²⁰. Esta nueva Constitución, inspirada principalmente por los demócrata-cristianos, los radicales y los socialistas más moderados, hace de la Cuarta República un clon de la Tercera: *Francia sigue siendo una democracia liberal*.

Es cierto que este régimen sólo durará doce años. Será lo bastante dinámico como para permitir la reconstrucción del país y entablar el ciclo de los «Treinta Gloriosos», es decir, el intenso crecimiento económico que caracteriza a la Francia de los años 1945-1975. Sin embargo, precisamente porque este régimen ha retomado poco a poco la Constitución de la Tercera República que acaba de terminar sin aportarle el correctivo de un reforzamiento apropiado del ejecutivo –que, como hemos visto, muchos políticos, desde Jules Ferry a Millerand o Doumergue, consideraban necesario– va a adolecer de la misma inestabilidad ministerial crónica que su predecesor. En realidad, va a cono-

²⁰ A continuación repaso el calendario de esos fracasos de los «revisionistas» y el éxito inesperado de la tradición republicana en 1946: 21 de octubre de 1945, referéndum con dos preguntas (1. ¿Abandonar la Constitución de la Tercera República? Respuesta «sí» en un 96%. 2. ¿Limitar los poderes de la Asamblea frente al ejecutivo? Respuesta «sí» en un 66%). El mismo día, elección de la 1ª Asamblea Constituyente; 20 de enero de 1946, dimisión de De Gaulle; 5 de mayo de 1946, referéndum sobre el 1º proyecto de Constitución. Rechazado por el 53% de los votos emitidos; 2 de junio de 1946, elección de la 2ª Asamblea Constituyente; 13 de octubre de 1946, referéndum sobre el 2º proyecto de Constitución. Aprobado por el 53,5% de los votos emitidos; 10 de noviembre de 1946, elecciones legislativas.

Cuadernos de pensamiento político

cer una inestabilidad aún peor a causa de las profundas divisiones que suscitan entre los franceses las guerras coloniales. El país pasa a ser ingobernable rápidamente, hasta que la crisis de Argelia hace saltar por los aires definitivamente el régimen y, en 1958, proporciona a De Gaulle la oportunidad de regresar triunfalmente al poder.

De Gaulle va a aprovecharse de la situación para imponer al país no sólo el refuerzo del ejecutivo, que todo el mundo consideraba necesario, sino también una revisión constitucional profunda que tiene como fin modificar toda la sociedad francesa, sus estructuras y sus grandes equilibrios. Para entender lo que va a pasar, tenemos que ir marcha atrás en la cronología. Tenemos que detenernos en el gaullismo y en los extraños vínculos que entabló desde sus orígenes con el comunismo.

V. EL GAULLO-COMUNISMO

El tema de los vínculos entre el gaullismo y el comunismo es complejo y se ha estudiado en múltiples ocasiones²¹. A continuación, nos ceñiremos a lo estrictamente necesario para nuestros propósitos.

En primer lugar, señalemos que la derrota francesa de junio de 1940 constituyó un trauma insoportable para la nación. Es cierto que Francia nunca debió perder la guerra. La humillación nacional fue tan profunda que desde los años 1940 y después, se han buscado con una enorme violencia «chivos expiatorios» a los que cargar con la responsabilidad de la derrota y de las desgracias del país. Pero fue la alianza gaullo-comunista que triunfó en la Liberación, la que pudo designar a los chivos expiatorios. Seguramente fue entonces cuando se forjó un auténtico *mito* que todavía hoy sirve de estructura profunda de la cultura política francesa.

Primero es necesario explicar cómo pudo entablarse una alianza tan poco probable entre De Gaulle y los comunistas.

Según Henri-Christian Giraud, se firmó un pacto secreto entre De Gaulle y Stalin después del ataque alemán contra la URSS en junio de 1941 (Courtois y Lazar, 1991). Es incuestionable que existía una aso-

²¹ Ver en especial GIRAUD, 1988 y COURTOIS y LAZAR, 1991.

Cuadernos de pensamiento político

ciación formal a finales de 1942. Si simplemente se hubiera tratado de una unidad de acción en el combate contra el enemigo común, no podría haber sido más legítimo. Pero hubo algo más desde el principio: la alianza tuvo por razón de ser resolver un problema doble de legitimidad que se planteaban los socios.

Los comunistas, lacayos de Moscú, que habían firmado el pacto germano-soviético del 23 de agosto de 1939, habían reclamado un acercamiento a los alemanes durante toda la «estúpida guerra» y a principios de la Ocupación.

Con el lanzamiento de la operación Barbarroja, habían provocado un giro de 180°: ahora querían prestar ayuda a la Unión Soviética desatando una guerra de partisanos en el Oeste. Lideraron operaciones de «resistencia» que en realidad eran operaciones suicidas destinadas a fabricar héroes comunistas artificiales. Enviaron a la muerte a decenas de jóvenes de veinte años que creían morir por Francia, pero que en realidad morían para que el Partido Comunista se convirtiera en el «partido de los fusilados». Sin embargo, como para la opinión pública francesa los comunistas seguían siendo unos traidores, necesitaban urgentemente salir de su aislamiento, ser reconocidos por la Francia Libre y por el resto de la Resistencia.

Por su parte, los anglosajones consideraban a De Gaulle un elemento prescindible, aunque gozara de la simpatía de Churchill. El reconocimiento diplomático de un tercer país como la URSS podía erigirlo en jefe de Estado para gobernar a una futura Francia liberada. Pero el precio que pedía Stalin por este reconocimiento era demasiado alto. De Gaulle no sólo tenía que apoyar a Stalin ante los anglo-americanos en el tema de la apertura rápida de un segundo frente en el Oeste, sino también aceptar asociar estrechamente a la liberación de Francia a las fuerzas «democráticas», es decir, los comunistas. Y lo hizo. Es el origen de la operación Jean Moulin: este gran patriota, «compañero de viaje», ayudó a establecer el dominio absoluto de los comunistas en los movimientos de la Resistencia, aunque los primeros miembros de la Resistencia habían sido hombres de derechas y de centro (en especial demócrata-cristianos) que, de otro modo, habrían permanecido, sin duda, a la cabeza del movimiento (Dreyfus, 1996).

Después del desembarco de los Aliados en el Norte de África en noviembre de 1942, había que fortalecer la alianza. De Gaulle y sus

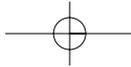
Cuadernos de pensamiento político

franceses libres representan a unos cuantos miles de hombres; el ejército de África, dirigido por militares más o menos fieles a Vichy, a varios cientos de miles. Los americanos trataron con el general Giraud –un oficial que acababa de escapar de Alemania y que no podía haber vuelto a la Francia Libre, suponiendo que lo hubiera querido–, e incluso brevemente con el Almirante Darlan, «delfín» de Pétain, que se encontraba en Argel en el momento del desembarco de las tropas anglo-americanas. Después del asesinato de este último, Giraud se convirtió en el hombre fuerte en el Norte de África francés, y es posible que De Gaulle se sintiera marginado. En esta situación, volvió a beneficiarse del apoyo de Stalin.

En efecto, los intereses de ambos hombres convergían una vez más. Stalin sabía que Giraud era favorable al plan de Churchill, que consistía en atacar Alemania en la «tripa blanda» de los Balcanes en lugar de hacerlo en el Oeste, maniobra que habría permitido a los aliados llegar a Viena y después a Berlín antes que al Ejército Rojo y que habría reducido a cenizas los proyectos soviéticos de extender el comunismo en la Europa central. Por lo tanto, le resultó útil que eliminaran a Giraud. Ordenó a los comunistas franceses, cuya influencia era dominante en la Resistencia interna, como ya hemos visto, desacreditar a Giraud tratándolo de «vichyista» y, por lo tanto, implícitamente de colaboracionista e incluso fascista. De Gaulle se prestó a esa mentira y a esa flagrante injusticia. Giraud y sus allegados fueron desacreditados y eliminados en pocas semanas y De Gaulle se quedó solo en la pista con los comunistas.

Entre gaullistas y comunistas también hubo convergencias ideológicas, por su naturaleza más duraderas y que debían sobrevivir a las circunstancias especiales de la guerra.

Sin duda, es una paradoja. Los comunistas acusaron en varias ocasiones a De Gaulle de «hombre de derechas», de burgués, de militar, de cristiano, etc., y lo cierto es que jamás profesó ideas totalitarias y colectivistas, que se alejaban de su formación intelectual y su medio social. Pero la filosofía política personal de De Gaulle presentaba similitudes con la de los comunistas. Comulgaba con ellos en el antiliberalismo, en el estatismo y en lo que podríamos denominar el anti-anglosajonismo. Influidado en su juventud por las ideas de la derecha de Maurras y, después, como muchos de los franceses de su generación,



Cuadernos de pensamiento político

por el «anticonformismo de los años 1930»²², De Gaulle rechazaba con horror las utopías bolcheviques, pero no se atrevía a apoyar sinceramente a la vieja república parlamentaria y liberal, supuestamente corrupta y desprovista de valores espirituales. Además, al igual que una serie de militares, detestaba y despreciaba a la burguesía industrial y comerciante, a la que consideraba atávicamente egoísta e interesada, además de intelectualmente limitada. Por lo tanto, buscaba, a la misma distancia de las dos formas de materialismo deshumanizado que eran el capitalismo y el comunismo, una «tercería vía» filosófica, política, socioeconómica y diplomática.

Por lo tanto, en los comienzos de la guerra, De Gaulle no era más hostil a los comunistas rusos que a los capitalistas anglosajones, dos tipos de extranjeros con los que había que mantener las distancias y negociar por necesidad al mismo tiempo. Por eso, no tenía la impresión

²² *Les anticonformistes des années 1930* es el título de una obra de Jean-Louis Loubet del Bayle [1969], Seuil, 2001. La expresión designa los movimientos, grupos y revistas como *Jeune Droite*, *Ordre Nouveau* o *Esprit*, que consideraban que el mundo de los años 1930 vivía una terrible regresión de la civilización. Culpaban a la sociedad moderna en su conjunto. Rechazaban tanto el capitalismo como el marxismo, a los que consideraban materialismos que conducían al reinado de la máquina y de la deshumanización de la sociedad (Robert Aron et Arnaud Dandieu publicaron ya en 1931 un libro de título significativo, *Le Cancer américain*, en el que acusaban a América de ser el país donde los trabajadores estaban más alienados y el máximo culpable del individualismo hedonista). Por el contrario, querían fomentar una sociedad en la que la persona humana y sus valores espirituales pasaran a primer plano. A sus ojos, era evidente que la «tradicón republicana» era incapaz de crear esa sociedad. Bien al contrario, estaba comprometida con el capitalismo y roída por el parlamentarismo. Por lo tanto, se necesitaba una Revolución. Es cierto que rechazaban tanto el revolucionarismo de la extrema izquierda como el de la extrema derecha, ya que habían comprobado, por los ejemplos de Rusia, Italia y Alemania, que producían regímenes totalitarios nada humanistas. Su rechazo apasionado de la sociedad existente no era menos significativo. Por ello, los jóvenes que formaban parte de la élite intelectual del país —muchos se harían escritores, filósofos, eruditos conocidos y estimados de la posguerra: entre ellos encontramos los nombres de Emmanuel Mounier, Daniel-Rops, Thierry Maulnier, Pierre-Olivier Lapie, Jean Lacroix, Maurice Blanchot, Etienne Borne, Pierre-Henri Simon, Henri-Irénée Marrou, Denis de Rougemont, y entre los más mayores que los apadrinaban, a Gabriel Marcel, Jacques Maritain, Nicolas Berdiaeff, Daniel Halévy, Ramuz...—, jóvenes instruidos, moderados, con una posición social media o elevada que no les predisponía en absoluto a actitudes extremistas, consideraban que había que quemarlo todo en la Francia pacífica, y jeso en pleno florecimiento económico de Poincaré y de Briand! ¡No reconocían ningún valor espiritual ni moral a la República que tantos avances científicos y sociales había dado al país! Sin duda, De Gaulle —al igual que muchos otros miembros de su entorno social, burgueses alejados de los asuntos económicos, funcionarios, profesores o militares— se imbuyó de esta moda y también creyó que era urgente rechazar «el egoísmo obtuso del mundo burgués-liberal» (según la fórmula de Jean de Fabrègues). Ninguna persona, a no ser que fuera un pensador original, habría podido resistirse a la corriente generalizada del «espíritu de la época», ni siquiera un De Gaulle. Esto debe hacernos reflexionar sobre las condiciones de la formación de este espíritu. No podemos por menos que sorprendernos del silencio que, en esa época, guardaron en Francia las grandes voces capaces de mostrar el vínculo entre el sistema denominado «capitalismo» y el respeto de las libertades fundamentales de la persona. La ruptura parece ser total entre los medios económicos y los medios intelectuales, a diferencia de lo que había ocurrido en los periodos anteriores de la historia de Francia, en la época de la Ilustración, en la época de la Revolución francesa y en los dos primeros tercios del siglo XIX. En los años 1920-1930, hubo en Francia un verdadero déficit de pensamiento democrático y liberal. Aunque los republicanos logran, mejor que peor, que la sociedad de derecho y de la libertad sobreviva institucionalmente, nadie parece ya defenderla en sus principios. Ese déficit merecería un análisis concienzudo.



Cuadernos de pensamiento político

de estar cenando con el Diablo cuando se ponía en contacto con Stalin. Admite contar con colaboradores que simpatizan abiertamente con el régimen soviético e incluso, en un momento en el que sus contactos con los ingleses se habían enfriado, planea trasladar la Francia Libre a Moscú. No comprendería la verdadera naturaleza del comunismo hasta 1944, cuando los comunistas quisieron imponer su voluntad al gobierno de Argel, y, sobre todo, hasta el inicio de la Guerra Fría. Sin embargo, no extraerá como conclusión de los horrores del totalitarismo soviético que el socialismo es en sí mismo un error y que las sociedades liberales son las únicas que pueden ser al mismo tiempo justas, prósperas y propicias a la expansión de los valores humanistas. A lo largo de la Cuarta y la Quinta Repúblicas, seguirá desconfiando de los «burgueses» y de los partidos que los representan. Desconfiará de América, no por antipatía irracional, sino por rechazo meditado del tipo de sociedad que encarna. Jamás se mostrará verdaderamente hostil a los sindicatos marxistas, cuyo pecado era a sus ojos el «separatismo», es decir, la sumisión ciega a una potencia extranjera, la URSS, más que la acción anticapitalista en sí misma. Bajo la Quinta República, él y sus colaboradores estarán de acuerdo con los sindicalistas y dispuestos a colaborar con ellos a menudo. Admitirán en la práctica, si no exactamente en teoría, las tesis de la social-democracia y justificarán el crecimiento del aparato del «Estado Paternalista» y el peso de los impuestos obligatorios para «corregir» en la medida de lo posible los supuestos efectos antisociales del liberalismo. De Gaulle estaba igualmente preocupado por el desarrollo económico, pero en ese campo creía espontáneamente en el papel de motor del Estado más que en la libre iniciativa de la sociedad civil. Es así como De Gaulle y los comunistas *comulgaron constantemente al menos en un terreno, el del estatismo y el crecimiento de la función pública.*

Ahora podemos intentar entender lo que ocurrió en el plano ideológico en la época de la Liberación.

VI. EL «PRECIPITADO QUÍMICO» DE LA IDEOLOGÍA DE LA POSGUERRA

Como la humillación y los sufrimientos de la Ocupación abonaron un terreno favorable a la designación de «chivos expiatorios» y como só-

Cuadernos de pensamiento político

lo la alianza gaullo-comunista podía reivindicar la victoria, era la única que podía decir qué había estado del lado del Bien o del lado del Mal durante la guerra. Así, acontecimientos que en un principio eran improbables y contingentes, ya que se deben principalmente a estrategias circunstanciales que ya hemos analizado, iban a determinar durante mucho tiempo la visión que los franceses tendrían de su historia.

Gaullistas y comunistas comulgaban, como acabamos de ver, en el anticapitalismo, el antiburguesismo y el anti-anglosajonismo. Por lo tanto, fue en este terreno en el que establecieron su propaganda común. Desde la creación del Consejo Nacional de la Resistencia y, posteriormente, tras la formación del gobierno de Argel y la Liberación, tomó forma un discurso determinado, que se fue abriendo paso por contagio en el conjunto de un país angustiado y vengativo. Se dio a entender que *era el sistema demócrata liberal, impotente y corrupto, el que había conducido inexorablemente al país a la guerra y a la derrota* y, por otro lado –y ahí se nota especialmente la «mano» de los comunistas–, *que la burguesía francesa había sido en su mayoría vichysta y cómplice de los nazis*²³. De ahí que la victoria contra el nazismo tuviera que ir acompañada de una política radicalmente anticapitalista. La «Liberación» debía desembocar en un cambio profundo de las estructuras de la economía y de la sociedad francesa. Y, en primer lugar, hacer que el Estado tome las riendas de la economía nacional.

Los gaullistas hicieron suyo este lenguaje y este programa y aunque no volvieron a identificarse con la propaganda específicamente comunista, se negaron a rechazarla²⁴. No hace falta decir que en Londres, en Argel, y más tarde en el París de la Liberación, existía el derecho a no ser comunista. Sin embargo, en la propaganda de la Francia Libre, no tardó en extenderse la idea de que un buen francés no debía oponerse abiertamente al comunismo. Por el contrario, se entendía que cuando uno se declaraba anticomunista de manera abierta y deci-

²³ La afirmación de que los burgueses tienden íntimamente a simpatizar con el fascismo era coherente con la interpretación histórica que dio la doctrina marxista a ese fenómeno histórico. Según esta doctrina, el fascismo es la fórmula política que eligió la burguesía cuando se sintió amenazada por los avances de los revolucionarios. Se alía con la pequeña burguesía y decide deliberadamente crear regímenes autoritarios capaces de aplastar al proletariado y a su vanguardia comunista. El fascismo no es más que otro aspecto –y, de hecho, es la verdadera cara– del capitalismo.

²⁴ En sus mensajes desde Londres, De Gaulle dijo ininidad de veces que la Liberación debía ir acompañada de una «insurrección». Desde luego, no se refería ni deseaba una insurrección comunista. Este lenguaje revolucionario era igual de coherente que el del *acuerdo* firmado con Stalin.

Cuadernos de pensamiento político

didada, tenía que ser necesariamente de Vichy. En otras palabras, a partir del momento en el que entró en vigor la alianza gaullo-comunista y empezó a controlar todas las expresiones oficiales de la lucha de la liberación nacional, *el simple hecho de declararse anticomunista o de oponerse ideológicamente al marxismo* podía valerle a *uno* la sospecha de colaboracionismo.

Sin embargo, la inmensa mayoría de los franceses se declaraban «republicanos moderados» y por tanto en este sentido eran tan anticomunistas como antifascistas. La gran mayoría de las élites instruidas se declaraban explícitamente anticomunistas por razones religiosas, filosóficas o económicas. Antes de que estallara la guerra, los hombres de los partidos republicanos moderados, como es el caso de Miguel Tardieu, Gaston Doumergue o Pablo Reynaud, se habían manifestado en contra del comunismo, mientras que los radicales, incluido Daladier, habían sido en general adversarios, a veces brutales, de las empresas del PCF. Hasta los «anticonformistas de los años 30», que poco tenían en común con las instituciones republicanas, se declaraban abiertamente antimarxistas y antitotalitarios. *El triunfo del mito difundido por la alianza gaullo-comunista residió por tanto en la eliminación o si se prefiere, en la relegación a un segundo plano, de esta opinión, mayoritaria en el país.*

A partir de este día, las ideas calificadas de «derechas» quedaron en cierta manera vetadas. Se entremezclaron todos los tipos de derechas, desde la derecha pro fascista hasta la derecha cristiana tradicional, pasando por los partidarios de la democracia liberal y de la economía de mercado. Todas esas facciones fueron acusadas indistintamente de ser enemigas acérrimas de los liberadores de Francia. Estos últimos, heroizados, eran los «puros», mientras que el resto eran considerados «impuros». Durante años, una sospecha infame pesó sobre todos aquellos que no eran ni de izquierdas ni gaullistas, a los que se consideraba culpables y en el mejor de los casos, sospechosos²⁵.

²⁵ La eliminación del general Giraud ilustra este proceso a la perfección. Su único «delito» fue no ser partidario del comunismo, al igual que la casi totalidad del ejército y la casi totalidad de los funcionarios de Vichy o del Norte de África, —salvo un número muy reducido—, que no simpatizaba ni con los regímenes comunistas ni con los regímenes fascistas. La exclusión de Giraud supuso el primer acto de eliminación política, cuando no física, de todos los franceses antitotalitarios, partidarios de una democracia liberal en el sentido más amplio de la palabra (aunque algunos de ellos no fueran republicanos o lo fueran sin demasiado entusiasmo). Resulta curioso que estemos hablando de la misma Francia que, después de haber

Cuadernos de pensamiento político

El liberalismo, así como la democracia cristiana y todos los «moderados» perdieron, a partir de este día, el poder espiritual en Francia. En la recién nacida Cuarta República, los franceses no socialistas y los no comunistas votaron en su mayoría al partido demócrata-cristiano²⁶. Sin embargo, los dirigentes de este partido se vieron obligados a declararse de izquierdas y a avalar un buen número de reformas estructurales decididas en la Liberación, comenzando por las nacionalizaciones, todo con el fin de ser aceptados por la ideología dominante. Sus electores se sintieron frustrados e incluso traicionados, por lo que tendrían que relegar a un segundo plano sus ideas de libertad social y económica. Los valores morales, los sentimientos íntimos y los análisis intelectuales de al menos la mitad de los ciudadanos franceses quedarán excluidos del *ágora* pública. En ese momento, André Malraux pudo pronunciar una insolente sentencia: «¡Entre los comunistas y nosotros [los gaullistas] no hay *nada!*».

El absurdo incremento del peso del marxismo estuvo provocado por este «precipitado químico» o esta polarización artificial de los espíritus, y se dio más allá de las instituciones. En Francia, el marxismo se convirtió para buena parte de la clase intelectual, en lo que Jean-Paul Sartre denominó «el horizonte indispensable de nuestro tiempo». Todo ello provocó una gran desorientación que con el tiempo derivó en una profunda decadencia de más de medio siglo en lo que a la producción intelectual francesa se refiere. Todo el pensamiento francés, y en particular las ciencias sociales, quedó esterilizado por el antiidealismo, el nihilismo y el cinismo propios del marxismo, que envenenaron también a la literatura francesa, tan prolífica hasta la fecha. El prestigio que se confirió artificialmente a la visión marxista fue la causa de que un gran número de catedráticos y varias generaciones de políticos y periodistas formados por ellos no fueran capaces de comprender la lógica económica y social

tomado las primeras iniciativas de Resistencia interior, puso en el campo de batalla a numerosos contingentes de hombres que hicieron posible la victoria final de la Francia libre y de los Aliados. ¿Hace falta recordar que fue el ejército de África –preparado por Weygand en 1940, reorganizado por Giraud en los primeros meses de 1943, y dirigido por los generales «vichystas» Juin y De Lattre de Tassigny– el que combatió en Italia, desembarcó en la Provenza, liberó el sur y el este del territorio francés, entró en Alemania y consiguió incluir a Francia entre los cuatro firmantes del tratado de capitulación del Tercer Reich el 8 de mayo de 1945?

²⁶ El «Movimiento republicano popular» (MRP).

Cuadernos de pensamiento político

del mundo económico moderno, ya que, en su formación de base, se había introducido un «obstáculo epistemológico» que les prohibía la asimilación de dicha lógica. Las ideas político-económicas que, por ejemplo, sustentaban la riqueza y el poder de los Estados Unidos, resultaban incomprensibles para las generaciones de posguerra. El antiamericanismo se convirtió en la especialidad francesa, algo impensable si tenemos en cuenta que desde el siglo XVIII América siempre había tenido una prensa excelente.

Esta especie de delirio colectivo durará bastante tiempo, distorsionando toda percepción de la realidad histórica. La información acerca de la realidad de la Unión Soviética y del Gulag no se conoció en Francia hasta la aparición de los «Nuevos Filósofos» y la publicación de los grandes textos de Solzhenitsin; es decir, se tuvo que esperar hasta los años 1974-1980 para conocer la verdadera situación. Para toda una generación de intelectuales, el personaje ridículo y despreciable por excelencia fue «el pequeño burgués radical». Por el contrario, a todos los revolucionarios antioccidentales, ya fueran militares de extrema izquierda en el interior del país, o en el exterior, nacionalistas indochinos o argelinos, «guardias rojos» maoístas o combatientes del círculo del «Che» Guevara, a todos se les consideraba héroes.

Sin embargo, bajo la Quinta República los efectos de estos sucesos ideológicos fueron limitados. De Gaulle había dimitido en 1946 y los comunistas estaban fuera del poder en 1947. Desde los inicios de la Guerra Fría, Francia, gobernada por demócrata-cristianos, un antiguo resto de radicales y por socialistas moderados, se había colocado claramente del lado del mundo libre aunque, naturalmente, las dos grandes fuerzas gaullistas y comunistas de la oposición, que habían unido sus invectivas, denunciaran con violencia este «atlantismo» en la Cámara. Aunque los marxistas eran poderosos en los medios intelectuales y en la calle, no pudieron apropiarse de los mecanismos de poder que les habrían permitido transformar la sociedad francesa. De hecho, aunque el régimen estaba expuesto a la inestabilidad y al «vals de gobiernos», siguió siendo profundamente democrático. El Parlamento desempeñaba su papel de representante de la sociedad civil, en el que el sector público todavía tenía un peso relativamente modesto. Por lo tanto, podía proteger eficazmente a la sociedad francesa de las empresas de los revolucionarios.

Cuadernos de pensamiento político

La campaña de nacionalizaciones que se emprendió en la Liberación se detuvo inmediatamente en el Parlamento y se rechazaron los demás proyectos de «reformas estructurales», como el proyecto de creación de una «escuela única» enunciado en el plan comunista Langevin-Wallon de 1947.

Las cosas cambiaron cuando De Gaulle recuperó el poder en 1958. La democracia liberal se vio sometida a nuevas pruebas, comenzando por la cuasisupresión del Parlamento, que quedó reducido a una mera cámara que registraba las decisiones del ejecutivo. El jacobinismo francés regresaba con fuerza. Es cierto que en tiempos del propio De Gaulle y sus sucesores inmediatos, Pompidou y Giscard d'Estaing, no se produjo nada irremediable, ya que los gobernantes se ceñían, en lo esencial, a la economía de mercado. Sin embargo, la situación se agravó de repente cuando los social-comunistas llegaron al poder en 1981. Se dieron cuenta que la Constitución de la Quinta República (a la que, sin embargo, se opusieron con todas sus fuerzas en 1958 y en 1962), les confería todos los poderes necesarios para alcanzar sus objetivos de socialización. Y consiguieron provocar un crecimiento espectacular del sector público y de la recaudación de impuestos obligatorios, una maquinaria desenfrenada que la derecha, que regresó al poder de forma intermitente y breve (1986-1988, 1993-1997), jamás pudo detener. Desde hace veinte años, asistimos a *una auténtica regresión de la democracia liberal en Francia* y a una revancha inesperada de 1793 sobre 1789.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRIEU, C.; LE VAN, L.; PROST, A. (dir.) (1987): *Les nationalisations de la Libération. De l'utopie au compromis*, Prensa de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas.
- APRILE, S. (2000): *La II^e République et le Second Empire. 1848-1870. Du Prince-Président à Napoléon III*, col. «Histoire politique de la France», Pygmalion/Gérard Watelet.
- ARON, R. (1954): *Histoire de Vichy. 1940-1944*, Fayard.
- AURIOL, V. (1970): *Mon septennat*, Gallimard.
- BACKOUCHE, I. (2000): *La monarchie parlementaire. 1815-1848. De Louis XVIII à Louis-Philippe*, col. «Histoire politique de la France», Pygmalion/Gérard Watelet.
- BEAU DE LOMÉNIE, E. (1954) (R.2001): *Les responsabilités des dynasties bourgeoises*, 5 vol, R. Ed. du Trident.
- BECKER, J.J. (2000): *Histoire politique de la France depuis 1945*, Armand Colin.
- BECKER, J.J. y BERSTEIN, S. (1990): *Victoire et frustrations. 1914-1929*, Nouvelle histoire de la France contemporaine, n° 12, Seuil.
- BERSTEIN, S. y RUDELLE, O. (dir.) (1992): *Le modèle républicain*, PUF.
- BORNE, D. y DUBIEF, H. (1976) (R.1989): *La crise des années 30. 1929-1938*, Nouvelle histoire de la France contemporaine n° 13, Seuil.

Cuadernos de pensamiento político

- BROCHE, F. (2001): *La III^e République. 1870-1895. De Thiers à Casimir-Périer*, col. «Histoire politique de la France», Pygmalion/Gérard Watelet.
- COURTOIS, S. y LAZAR, M. (dir.) (1991): *50 ans d'une passion française. De Gaulle et les communistes*. Balland.
- DEBRAY, R. (1991): *Que vive la République*.
- DELPORTE, CH. (1998): *La III^e République. 1919-1940. De Poincaré à Paul Reynaud*, col. «Histoire politique de la France», Pygmalion/Gérard Watelet.
- DREYFUS, F. G. (1996) (R.2003): *Histoire de la Résistance*, Editions de Fallois (R. Le Livre de Poche).
- DUROSELLE, J.B. (1988): *Clémenceau*, Fayard.
- FAUVET, J. (1969): *La IV^e République*, Fayard.
- GIRARD, R. (1972): *La Violence et le sacré*, Grasset.
- , (1982): *Le Bouc émissaire*, Grasset.
- GIRAUD, H.C. (1988): *De Gaulle et les communistes*, 2 vol, Albin Michel.
- GIRAUD, H.C. (dir.) (2004): *Réplique à l'amiral De Gaulle*, Editions du Rocher.
- KRAUTKRAMER, E. (1992): *Vichy-Alger. 1940-1942*, Economica.
- LOUBET DEL BAYLE, J.L. (1969) (R. 2001): *Les anticonformistes des années 1930*, Seuil.
- MAYEUR, J.M. (1973): *Nouvelle histoire de la France contemporaine, 10. Les débuts de la III^e République*, Seuil.
- REBÉRILOUX, M. (1975): *La république radicale? 1898-1914*, Nouvelle histoire de la France contemporaine n° 11, Seuil.
- ROTH, F. (2001): *Poincaré*, Fayard.
- STERNHELL, Z. (1978): *La droite révolutionnaire 1885-1914. Les origines françaises du fascisme*, Seuil.
- , (1987): *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, ed. Complexe.
- WEBER, E. (1985): *L'Action française*, Fayard.